un Cite Singular

N

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS

DE LOS PRINCIPALES AUTORES,

REPRESENTADAS CON BUEN ÉXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

PRECIO REALES.

MADRID.—1847.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. GONZALEZ Y A. VICENTE,
calle de la Flor baja, número 24.

4

¡UN ENTE SINGULAR!

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL, Y EN PROSA,

POR

DON RAMON DE NAVARRETE.

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL 12 DE NOVIEMBRE DE 1847.

MADRID:

IMPRENTA DE J. Gonzalez Y A. Vicente, C.e DE LA FLOR BAJA, N. 24.

1847.

PERSONAS.	ACTORES.
Doña Rosalía, *viuda jóven*.	*Doña Matilde Diez.*
Don Silvestre Ortigosa.	*Don Julian Romea.*
Susana, *doncella de doña Rosalía*. .	*Doña Josefa Palma.*
Bárbaro, *criado de don Silvestre*. .	*Don Mariano Fernandez.*
Petra.	*Doña Micaela Durán.*
Juana.	*Doña Polonia Fabiani.*
Isidro.	*Don Mariano Muñoz.*
Aldeanos.	

La escena pasa en un pueblo de las inmediaciones de Zaragoza.

Esta comedia es propiedad de la Sociedad **Espartana**, la cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven el sello de la Sociedad.

Al Señor Don Jaime Ceriola y Flaquer,

EN SEÑAL DE AMISTAD Y CARIÑO,

Ramon de Navarrete.

724812

ACTO UNICO.

El teatro representa una plazoleta formada por dos casas de campo, colocadas la una enfrente de la otra á derecha é izquierda; en el fondo el camino real, y á lo lejos las casas de una aldea.

ESCENA I.

SUSANA, BÁRBARO.

(*Al levantar el telon, Bárbaro tiene abierta la verja de la quinta de su amo, y habla acaloradamente con Susana.*)

BÁRBARO. ¡Cuando le digo á usted que es inútil!

SUSANA. ¿Y qué se pierde con que vaya usted á anunciárselo?

BÁRBARO. Se pierde tiempo, paciencia, y zapatos. ¡No está mala la porfía! ¿Si sabré yo que ninguna muger ha puesto el pié dentro de la casa del señor don Silvestre desde que murió su padre, va para diez años?..... Sí, sí: ¡como le gusta tanto á su mercé el bello sexo! En cuanto vé una hembra por un lado, tira él por otro, sin reparar en si es fea, bonita, vieja, jóven, fina ú ordinaria.

SUSANA. ¿Y qué le hemos hecho nosotras á ese buen señor para que nos odie tanto?

BÁRBARO. ¿Qué nos han hecho ustedes?..... Lo que es á nosotros nada, porque tanto el amo como yo no hemos tenido que ver sino mi madre, que nos crió á los dos, y que se murió en seguida, dejándonos ya creciditos; pero el padre del señor don Silvestre habia sido muy desgraciado en su matrimonio, y siempre nos estaba predicando para que huyésemos de ustedes como del demonio.—«Desde Eva acá, nos repetia á cada paso su mercé, las mugeres no nos han hecho mas que..... ¡perradas!»

SUSANA. ¡Mire usted qué salida! ¿Y qué tenemos nosotras que ver con Eva?

BÁRBARO. (*Gravemente.*) ¡Con ustedes sus hijas, jóven!

SUSANA. ¡Y ustedes sus hijos!

BÁRBARO. No tal; ¡nosotros solo somos hijos de Adán!

SUSANA. ¿Con que usted participa enteramente de las ideas de su amo?

BÁRBARO. Enteramente.

SUSANA. ¿De veras? ¡Habrá bárbaro!

BÁRBARO. (*Que ha oido la última palabra.*) Servidor de usted.

SUSANA. ¿Cómo?

BÁRBARO. ¿No me ha llamado usted por mi nombre?

SUSANA. ¿Por ventura se llamaria usted?..... (*Riéndose.*)

BÁRBARO. Bárbaro me pusieron, porque nací el dia de santa Bárbara; lo mismo que al amo le pusieron Silvestre, porque vió la luz el último dia del año.

SUSANA. (*Aparte.*) ¡Pues hay casualidades singulares!..... (*Alto.*) Le aseguro á usted que es el primer Bárbaro que he conocido..... de nombre se entiende.

BÁRBARO. (*Despidiéndose.*) Con que.....

SUSANA ¡No me dé usted asi con la puerta en la narices!

BÁRBARO. Ya he hecho demasiado abriéndosela á usted, y respondiendo á sus importunas preguntas. Es usted la primera hembra á quien he hablado en mi vida.

SUSANA. ¡Pues qué! ¿no habla usted con sus compañeras las criadas?

BÁRBARO. El amo no tiene criadas, todos somos criados; cocinero, lavandero, costurero, planchador..... ¡No necesitamos mugeres para nada!

SUSANA. ¡Ay! ¡Qué vida tan triste deben ustedes pasar!

BÁRBARO. Al contrario, vivimos sin enredos, sin chismes, sin.... ¡El mundo no será feliz hasta que no se suprima enteramente el sexo femenino!

SUSANA. ¿Tan temibles les parecemos á ustedes?

BÁRBARO. Son ustedes una calamidad europea..... ¡Qué digo europea! ¡universal!

SUSANA. ¡Lo que ustedes nos tienen es muchísimo miedo!

BÁRBARO. ¿Miedo? (*Con desprecio.*)

SUSANA. Sí señor, miedo: vamos, ¿á que no se atreve usted á mirarme á la cara?

BÁRBARO. ¿Y qué falta me hace á mí mirarla á usted?

SUSANA. ¡Cuando digo que no se atreve!.....

BÁRBARO. ¿Quiere usted dejarme en paz?

SUSANA. ¡No se atreve, no se atreve! (*Mofándose.*)

BÁRBARO. ¡Sí me atrevo, sí me atrevo! (*Mirándola.*) ¡Ah!.... ¡Qué cosa tan bonita es una muger!

SUSANA. (*Aparte.*) ¡Y es buen chico este Bárbaro! (*Alto.*) Vamos, ¿que le parezco á usted?

BÁRBARO. ¡Me parece usted espantosa! (*Queriendo huir.*)

SUSANA. Al contrario; le parezco á usted..... ¡bastante regular!
BÁRBARO. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¿Si será el diablo que habrá tomado esta forma para tentarme? ¡Me causan un efecto sus ojos!.... ¡No sé lo que esperimento! No quisiera mirarla..... y no puedo menos de.....
SUSANA. (*Con mucha coquetería.*) Tiene usted una idea muy errada de nosotras, que somos buenas, caritativas, amables. Vaya, señor Bárbaro, seamos amigos; deme usted la mano.
BÁRBARO. (*Asustado, retirándola.*) ¿La mano? ¡Jamás!.....
SUSANA. Estoy segura de que dentro de poco ha de venir usted á pedírmela á mí..... de rodillas.
BÁRBARO. ¿Yo?
SUSANA. ¡Usted!
BÁRBARO. ¿A que no?
SUSANA. ¿A que sí?
BÁRBARO. ¡Esta chica quiere perderme! *(Aparte santiguándose.)*
SUSANA. *(Aparte.)* ¡Prometo que he de domesticar á este oso!

ESCENA II.

Dichos, DOÑA ROSALÍA.

ROSALÍA. *(Desde la puerta de su casa.)* ¿Con quién disputas, Susana?
BÁRBARO. *(Aparte asustado.)* ¡Dios mio! ¡Otra muger!
SUSANA. Señora, es el criado de nuestro vecino el señor don Silvestre Ortigosa, que se niega á pasar el recado de usted á su amo.
ROSALÍA. ¿De veras, amigo? ¿Y por qué?
BÁRBARO. Yo ne me niego..... sino que..... no quiero.....
ROSALÍA. ¡Buena esplicacion!
BÁRBARO. *(Mirándola de reojo.)* ¿Por qué habrá hecho el cielo tan bonitos á estos monstruos?
ROSALÍA. Veamos, esplíqueme usted el motivo de esa conducta.....
BÁRBARO. ¿El motivo?.... *(Retirándose.)*
ROSALÍA. ¡Pero acérquese usted! ¿Cree usted que le vamos á comer?
BÁRBARO. Desde lejos se habla perfectamente.
ROSALÍA. ¿Con que no quiere usted pedir permiso de mi parte al señor don Silvestre para visitar su casa, la cual, segun dice el señor cura, es una verdadera maravilla?

BÁRBARO. Ya se lo he dicho á su criada de usted; porque el amo no recibe nunca mugeres; porque no gusta de visitas; porque las aborrece á ustedes de muerte.

ROSALÍA. ¿A mí?

BÁRBARO. A todas en general.

ROSALÍA. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿De veras?—¡Muy mal debemos haberle tratado!

SUSANA. Ni mal ni bien, señora; segun dice este pobre mozo, no ha tratado hasta ahora á ninguna.

ROSALÍA. ¡Es original!

SUSANA. ¡Y tan original!

ROSALÍA. Entonces ¿en qué pasa la vida su amo de usted?

BÁRBARO. Cultiva flores raras; se dedica á la cria de pájaros y aves; toca algun instrumento.....

ROSALÍA. ¡Apostaria que el que toca es el violón!

BÁRBARO. ¡Se equivoca usted; es la flauta!

ROSALÍA. ¡Ah! ¡como un pastorcillo de idilio!

BÁRBARO. Ademas, estudia en sus ratos perdidos el griego y el latin, para fortificarse en sus ideas filosóficas.

ROSALÍA. ¡Pues será sabio!

BÁRBARO. ¡Ya quisiera yo saber lo que él!

ROSALÍA. ¿Y qué edad tiene?

BÁRBARO. Cumplirá veinticinco por estas yerbas.

ROSALÍA. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! *(Riéndose.)*

SUSANA. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿y usted?

BÁRBARO. Yo tengo un año mas.

ROSALÍA. ¿No ha estado nunca en Madrid el señor don Silvestre?

BÁRBARO. Nunca; aqui nació y aqui morirá.

ROSALÍA. Como los alcornoques.

BÁRBARO. Justamente.

ROSALÍA. Es estraño que un hombre tan rico.... porque creo que lo es mucho.....

BÁRBARO. ¡Muchísimo!

ROSALÍA. No haya pensado en lucir, en brillar.....

BÁRBARO. ¡Ah, señora! ¡Es que mi amo conoce muy bien el mundo!

ROSALÍA. *(Sonriéndose.)* ¿Sin haber estado en él? ¿Sin haber salido de este rincon?

BÁRBARO. No importa; lo conoce muy bien, y sabe que los hombres son todos unos pícaros; y las mugeres..... unas..... unas..... ¡Válgate Dios! ¿Cómo dice él?.... ¡Ah! ¡Unas grandísimas croquetas!

SUSANA. ¡Croquetas! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! *(Riéndose.)*
ROSALÍA. ¿Y quién le ha imbuido tales principios?
BÁRBARO. ¡Toma! Su padre, que habia sido engañado muchas veces, y que huyó de la sociedad por esa causa, viniendo á establecerse aqui, donde á poco dió á luz al señor don Silvestre.
ROSALÍA. ¿Y su madre?
BÁRBARO. ¡Habia muerto antes!
ROSALÍA. ¿No ha conocido á su madre? ¡Eso lo esplica todo! ¿Y en qué invierte sus riquezas el señor don Silvestre?
BÁRBARO. En socorrer á los pobres; asi le adoran en la aldea. Muchas veces me lo dice lleno de satisfaccion: «¿Cuánto mejor es emplear en esto el oro, que no en dengues y baratijas como hacen todas las mugeres?
ROSALÍA. No todas; ¡hay muchas que prefieren los puros goces de la beneficencia á la insensata vanidad del lujo!
BÁRBARO. Sí, sí, que cuando su mercé lo asegura, ¡no lo sabrá bien, él que tanto sabe!
ROSALÍA. ¡Él que tanto ignora!
BÁRBARO. ¡Ya veo que el amo tiene razon; son ustedes unas embusteras!
ROSALÍA. ¿Has visto ente mas original? (*A Susana.*)
SUSANA. No señora, porque aun no he visto á su amo.
(En este momento aparece don Silvestre en la puerta de la verja, de la cual se ha apartado un poco Bárbaro: trae la barba crecida, el pelo largo, y un trage grosero y descuidado.)

ESCENA III.

Dichos, DON SILVESTRE.

SILVESTRE. *(Desde lejos.)* ¡Bárbaro, Bárbaro! ¿Qué haces ahi? ¿Con quién estás charlando?
BÁRBARO. ¡Ay Dios mio! ¡Cómo me va á reñir!
SILVESTRE. ¿No te he dicho que no se habla nunca con las mugeres?
BÁRBARO. Es que.....
SILVESTRE. ¡Es que, es que!.... ¡Conozco que tu educacion no está aun perfeccionada! ¡Vamos, adentro, y que no suceda otra vez!
BÁRBARO ¡No sucederá!
SILVESTRE. Allá veremos. *(Retirándose.)*
ROSALÍA. Perdone usted, caballero..... *(Siguiéndole.)*

Silvestre. *(Sin volver la cara, aunque deteniéndose.)* ¿Qué se le ofrece á usted, señora?

Rosalía. Somos vecinos..... habito esa casa que acabo de heredar; y venia á ofrecérsela á usted.....

Silvestre. No quiero comprarla, gracias. *(Yéndose.)*

Rosalía. *(Sonriéndose.)* No me ha comprendido usted; no deseo deshacerme de ella, sino darle á entender que si necesita alguna cosa.....

Silvestre. ¡No necesito nada, gracias! *(Alejándose.)*

Rosalía. *(Siguiéndole.)* Porque entre vecinos debe haber confianza, intimidad.....

Silvestre. No me gustan la intimidad, ni la confianza. *(Reparando en Bárbaro que mira á Susana atentamente, mientras ella le sonríe.)* ¿Qué estás mirando ahí, desventurado? ¡Mejor harias en mirar una serpiente!

Bárbaro. Perdone usted, señor; como no estoy acostumbrado á contemplar esos seres..... diábolicos..... la curisiodad.....

Silvestre. ¡La curiosidad! ¡Ella perdió al género humano! ¡Adán solo pecó por curiosidad! Vete adentro.

Bárbaro. *(Aparte al marcharse, mirando siempre á Susana.)* No sé por qué..... pero ahora me siento mas inclinado á disculpar á nuestro padre Adán.

Rosalía. *(A Susana.)* Déjanos.

ESCENA IV.

DOÑA ROSALÍA, DON SILVESTRE.

Silvestre. *(Aparte, mirándola de reojo.)* ¡Qué cosa tan repugnante es una muger!

Rosalía. *(Aparte.)* ¡Lástima que sea tan cerril!

Silvestre. Con que, señora...

Rosalía. Un instante: ¡no tiene usted poca prisa! ¡Y yo que deseo infinito estrechar nuestras relaciones!

Silvestre. ¡Pues yo maldito lo que lo deseo!

Rosalía. Escuso decir á usted que tendré sumo placer en recibirle en mi casa á todas horas.

Silvestre. No la molestaré á usted mucho.

Rosalía. Tengo arpa, piano..... ¿Es usted dilletanti?

Silvestre. ¿Dilletanti? ¿Se come eso con cuchara?

Rosalía. ¡Ah! No habrá llegado aun hasta usted esa palabra. Preguntaba que si le gusta á usted la música.

Silvestre. No señora; me rebienta; y solo toco la flauta cuando estoy de mal humor.

Rosalía. Y con todo, Orfeo amansaba á las fieras.....

Silvestre. Orfeo era un *imbécil*, que bajó al infierno en busca de una muger; y yo, por el contrario, bajaria allí por huir de ellas.

Rosalía. Se me figura, señor don Silvestre, que tiene usted el genio un poco estraño.

Silvestre. ¿Porque no hago tonterías como mis colegas del sexo masculino? ¿Porque no me pongo hecho un almivar cuando hablo con ustedes? ¿Porque no me aprieto el corbatin ni hago contorsiones ridículas? En ese caso, me alegro mucho de parecerle á usted estrafalario.

Rosalía. Nada de eso: á mí me gusta mucho la naturalidad; pero la aversion que usted nos tiene sin conocernos.....

Silvestre. Se la tengo á ustedes, porque las conozco perfectamente.

Rosalía. De oidas.

Silvestre. Es igual.—¿Quién fue la que comió del fruto prohibido, incitando al hombre á que lo comiese? —¡La muger!—¿Quién causa nuestras desgracias, espone nuestras vidas, nos engaña, nos vende, nos ultraja?—¡La muger, siempre la muger!

Rosalía. ¿Y quién sino ella, amigo mio, endulza las penas, las aflicciones del hombre? ¿Quién le cuida en la cuna? ¿Quién le guia en su infancia? ¿Quién le vela en su lecho de dolor? ¿Quién le ama primero como hija, luego como esposa, por último como madre?

Silvestre. ¡Bah, bah! ¡Pataratas!

Rosalía. Es usted injusto, muy injusto, condenándonos á todas, y sin hacer escepcion alguna. Usted, que tiene instruccion y talento; usted, que posee un corazon sensible y generoso, deberia distinguir.....

Silvestre. ¡Escuse usted el trabajo de querer convencerme, porque no me convencerá!

Rosalía. En ese caso, no se trate mas del asunto; y hablemos si usted gusta de otra cosa.—Decia antes á su criado, que deseo mucho visitar su jardin de usted, el cual, segun noticias, es una verdadera maravilla. Aseguran que encierra flores muy preciosas y raras.....

Silvestre. Señora, mis flores son mis hijas, y no puedo consentir que nadie las profane con ojos indiferentes.

Rosalía. ¿Es decir que me niega usted?....

Silvestre. ¡He jurado ademas, que no admitiré nunca muger alguna en mi casa!

Rosalía. (*Sonriendo siempre.*) Eso es distinto; y yo respeto mucho cualquier juramento. Pero permítame usted que estrañe cómo puede vivir en ese retiro absoluto, sin sociedad, sin amigos, sin una esposa..... ¿No ha pensado usted alguna vez en casarse?

Silvestre. Sí, señora; he pensado muchas veces..... en no casarme jamás.

Rosalía. Es muy singular, siendo usted jóven, rico..... ¿Cuánto mas dichoso seria usted con una compañera?....

Silvestre. Sí, sí, estoy al cabo de la calle; hemos venido á parar al matrimonio..... ¡Ya conozco que usted, como todas, lo que quiere es atraparme!....

Rosalía. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! (*Riéndose á carcajadas.*) ¿De veras se ha figurado usted?.... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Con que ha podido usted interpretar?.... ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Silvestre. Sí, ríase usted, ríase usted, porque he adivinado.....

Rosalía. No, me rio porque se ha equivocado usted de medio á medio. En primer lugar, soy viuda; en segundo, soy rica; y por último, me ha ido muy mal en el matrimonio para que desee sujetarme nuevamente á su yugo. Ahí tiene usted cómo su malicia ha andado errada esta vez.

Silvestre. Me alegro mucho; pero eso no quita que la regla sea general.

Rosalía. (*Con alguna amargura.*) ¡Sí, cuando una muger es fina, es atenta con un hombre, cuando se interesa por él, cuando le ofrece su amistad, en fin, cuando le estima, no hay duda, quiere atraparle!!... ¡Asi son ustedes, siempre injustos, siempre presuntuosos!

Silvestre. Mas, señora: ¿no es fuerte trabajo que me ha de obligar usted á hablar, á discutir á pesar mio? A todas las mugeres las he vuelto siempre la espalda, y usted, sin saber yo cómo, me precisa á quebrantar mi propósito, y á.....

Rosalía. Prueba de que empieza usted á conocer que es algo ridículo.....

Silvestre. No le doy á usted derecho para calificar mi conducta.

Rosalía. Antes ha calificado usted la mia, ¡y bien duramente por cierto!

Silvestre. Si usted no viniese á buscarme.....

Rosalía. ¿Yo le he buscado á usted?

Silvestre. ¡A que me hace usted creer que he sido yo el que ha solicitado entrar en su casa!

Rosalía. Si no me causara risa su estravagancia, me causaria enojo su descortesía de usted.

Silvestre. Otra pretension absurda de las damas, que las hemos de tratar como si fuesen reinas; que hemos de ser galantes, obsequiosos, almivarados..... Pues á mí no me acomoda, porque yo para nada las necesito á ustedes.

Rosalía. Asi como nosotras para nada le necesitamos á usted.

Silvestre. (*Algo picado.*) ¿Quiere usted ya dejarme en paz, señora?

Rosalía. Señor don Silvestre, beso á usted la mano.

Silvestre. ¡No me volverá á coger tan fácilmente! *(Váse.)*

ESCENA V.

doña rosalía *sola.*

Pues señor, será menester escribir á los periódicos de Madrid el descubrimiento de un ente muy parecido al hombre, y que sin embargo no pertenece á la especie humana; acaso se decida á adquirirle el gabinete de la Historia natural. ¡Qué tono! ¡Qué maneras! Y especialmente, ¡qué lenguaje! Sin embargo, si estuviese civilizado, si no fuese tan brusco..... tan silvestre, seria una persona regular..... dado que sea persona.—Su figura es airosa y elegante; sus ojos tienen viveza y espresion..... ¡Cosa particular! Confieso que la conquista de este hombre me envaneceria mas que la de uno de esos magnates poderosos, que todas las mugeres ambicionan y se disputan. ¡Qué triunfo despertar en su naturaleza embrutecida los instintos y las pasiones de la generalidad! ¡Y qué venganza tan digna de nuestro sexo ultrajado, obligarle á solicitar de rodillas un perdon..... que yo no le concederia nunca!

ESCENA VI.

Dicha, susana.

Susana. ¿Qué tal, señora?

Rosalía. Muy mal, Susana. Despues de decirme mil impertinencias, se ha escapado á su casa.

SUSANA. Mejor; eso prueba que ya la teme á usted.
ROSALÍA. No; eso prueba que se ha escapado.
SUSANA. Probará las dos cosas. ¿Y qué piensa usted hacer?
ROSALÍA. No sé; te aseguro que su impolítica ha herido mi amor propio.
SUSANA. Como la de su criado el mio.
ROSALÍA. ¡Bah!..... los dejaremos.
SUSANA. Es claro; Los dejaremos. (*Pausa.*)
ROSALÍA. ¿Susana?
SUSANA. ¿Señora?
ROSALÍA. ¿No te parece que para que á una la sigan no hay como aparentar que huye?
SUSANA. ¡Por supuesto!
ROSALÍA. Pues bien: si fingimos huirle, entonces es cuando querrá acercarse él á nosotras.
SUSANA. ¡Bien pensado!
ROSALÍA. Aunque una no sea coqueta, no gusta verse desairada.
SUSANA. ¡Es claro!
ROSALÍA. Luego, yo no lo hago por mí, sino por nuestro sexo.
SUSANA. Lo mismo que yo.
ROSALÍA. De suerte, que si te parece, y por mera diversion...
SUSANA. Por mera diversion, se entiende.....
ROSALÍA. Comenzaremos la empresa de civilizar á esos cafres.....
SUSANA. ¿Y si no lo conseguimos?....
ROSALÍA. ¡Pst! ¡Qué importa! Habremos matado el tiempo, que es lo principal en el campo.
SUSANA. Perfectamente; ¿y por dónde hemos de empezar?
ROSALÍA. En primer lugar, me traerás al pabellon que está al estremo del jardin, mis libros, mis pinceles y mi arpa.
SUSANA. ¿Para qué?
ROSALÍA (*Sonriéndose.*) Para leer, para pintar, y para cantar ahi.
SUSANA. ¡Entiendo!
ROSALÍA. Ademas, si viene alguna visita, nuestro vecino el baron de Rio-Frio, por ejemplo.....
SUSANA. ¿Ese caballero que canta duos con usted?
ROSALÍA. Sí; le recibiré asimismo en el pabellon. Pero acuérdate de lo esencial: te prohibo que dejes entrar en mi casa al tal don Silvestre, si por casualidad se presentase.....
SUSANA. No hay miedo; no se presentará.
ROSALÍA. ¡Quién sabe! Y no quiero tampoco que hables con

su criado, ni que me des recado alguno de su parte.
SUSANA. ¡Asi lo haré!.... (*Aparte.*) ¡No hay duda que el medio es original!
ROSALÍA. ¡Ah, se me olvidaba! Has de colocar sillas inmediatas á la verja. Quizás venga á bordar algunas veces ahi..... porque está mas fresco.
SUSANA. Sin duda; porque está mas fresco.
ROSALÍA. Y ahora, ven á ayudarme á vestir.
SUSANA. ¡Ah! ¿va usted á ponerse muy elegante? ¿Qué saco? ¿El vestido de seda con encajes?
ROSALÍA. No; el mas sencillo que encuentres: en el campo es lo mejor la sencillez.
SUSANA. Si comprendo una palabra de lo que usted se propone.....
ROSALÍA. No hay necesidad de que comprendas, sino de que obedezcas. Vamos.
SUSANA. Está bien; obedeceré.

ESCENA VII.

Dichos, PETRA, JUANA, ISIDRO, *y otros* ALDEANOS.

(*Cuando doña Rosalía y Susana se van á entrar en su casa, salen los aldeanos por el fondo, corren hácia ella y la detienen.*)
PETRA. ¡Alli está, alli, nuestra bienhechora!
JUANA. ¡Sí, nuestro ángel tutelar!
ISIDRO. Corramos á darle las gracias.
PETRA. ¡A manifestarla nuestra gratitud!
TODOS. ¡Sí, sí!
(*Todos corren hácia doña Rosalía: unos la toman las manos y se las besan; otros se arrodillan y la detienen por el vestido.*)
PETRA. ¡Señora, señora, no huirá usted de nosotros!
ROSALÍA. (*Conmovida deteniéndose.*) ¿Qué quereis, amigos mios?
PETRA. ¿Qué queremos, señora? ¡Bendecirla á usted una y mil veces!
TODOS. ¡Sí, sí!

ESCENA VIII.

Dichos, DON SILVESTRE *detrás de la verja de su casa.*

SILVESTRE. (*Apareciendo.*) ¿Qué voces son estas?
ROSALÍA. (*Queriendo escaparse.*) ¡Lo que yo he hecho es tan

natural!.... ¡El que es rico debe aliviar la suerte del pobre!

PETRA. Pero es que todos no hacen lo mismo; es que los ricos son generalmente duros, insensibles, y avaros; cuando usted, señora, usted..... (*Llorando.*)

ISIDRO. Ocho dias hace solamente que ha venido usted al pais, ¡y desde entonces, cuántos beneficios nos ha dispensado!

SILVESTRE. (*Aparte.*) ¿Qué dicen?

PETRA. ¡Ha dotado usted á cuatro huérfanas; ha establecido una escuela; va á fundar un hospital!....

SILVESTRE. (*Aparte.*) ¡Qué escucho!

ISIDRO. ¡De ese modo, cuando nos envie el Señor una enfermedad, no sabremos de fijo que nos espera la muerte por falta de recursos para combatirla!

JUANA. ¡Asi, nuestros hijos no vivirán en la ignorancia y en el vicio!

PETRA. ¡Señora, es usted nuestra Providencia! (*Llorando.*) A usted y al señor don Silvestre Ortigosa, ese caballero que vive enfrente, les debemos mas que la vida!

ISIDRO. ¡Porque él, aunque menos amable, tiene un corazon tan compasivo como usted!

PETRA. De suerte, que anoche hablando de sus mercedes, decíamos todos los del pueblo: «¡Qué buena pareja harian! ¡Los dos jóvenes, ricos, benéficos!....»

ROSALÍA. (*Conmovida.*) Adios, amigos mios. (*Retirándose.*)

PETRA. (*Con efusion.*) ¡El cielo la conserve á usted la salud, señora!

ROSALÍA. ¡Cuando necesiten ustedes algo, no acudan á nadie sino á mí!

(*Los aldeanos se precipitan hácia doña Rosalía, y repiten las mismas demostraciones de gratitud.*)

TODOS. ¡Gracias, señora, gracias!....

ESCENA IX.

DON SILVESTRE *detrás de la verja*, *los* ALDEANOS.

PETRA. ¡Es un ángel!

JUANA. ¡Es tan hermosa como buena!....

PETRA. ¡Y qué amabilidad la suya!

ISIDRO. ¡Realza el valor de sus beneficios por la manera que tiene de hacerlos!

PETRA. ¡Sí, su caridad no es nada humillante!

JUANA. Y no arroja como otros su oro á la frente de los pobres, sino que se lo entrega cariñosamente en la mano.
ISIDRO. ¡Y siempre con un modo, con una dulzura!.... ¡Justamente eso es lo único que le falta al señor don Silvestre!
SILVESTRE. (*Aparte.*) ¡Es verdad!....
PETRA. ¡Nunca nos dice una palabra de consuelo!
JUANA. ¡Nunca nos visita ni nos reparte él mismo sus dones!
PETRA. Y no será por orgullo, ¡pues es tan llano!
ISIDRO. No; es porque tiene un carácter estravagante.
SILVESTRE. ¡Ah! (*Aparte.*)
PETRA. ¡Es cierto!
JUANA. Jamás la saluda á una cuando la encuentra.....
ISIDRO. ¡Parece que huye de la gente!....
PETRA. Respetemos sus rarezas, chicos; ¡le debemos tanto!...
ISIDRO. Sí, sí; respetémoslas.....
(*Estas cuatro últimas réplicas, las dicen alejándose hácia el fondo, y al concluirlas desaparecen.*)

ESCENA X.

DON SILVESTRE *solo.*

(*Despues que se van los aldeanos, abre la verja, y sale lenta y tristemente.*)
¡Tienen razon, mucha razon en cuanto han dicho! Soy demasiado áspero, demasiado estóico, demasiado..... ¡Tal vez llevaria mi padre muy allá su rigidez de principios..... ¡Acaso las mugeres no son tan malas como él decia!.... Esa al menos es generosa, compasiva.... ¡Bah! ¡Sin duda será una escepcion!—No obstante, debo tratarla con menos dureza..... quiero disculparme con ella..... ¡Si me lo permite, nos asociaremos para las buenas acciones!..... Y en adelante, procuraré conocer las desgracias que remedie: visitaré la casa del pobre; me introduciré en el seno de las familias..... Eso no importa para seguir odiando, despreciando á las mugeres..... en general. ¡Bárbaro, Bárbaro! (*Llamando.*)

ESCENA XI.

Dicho y BÁRBARO.

BÁRBARO. (*Desde dentro.*) ¿Señor?
SILVESTRE. Ven acá.

BÁRBARO. (*Sale haciendo calceta.*) ¿Qué me manda usted?
SILVESTRE. ¿Qué haces?
BÁRBARO. Estoy acabando este par de calcetines. ¡Que vengan, que vengan las señoras hembras á ver si las necesitamos á ellas para nada!
SILVESTRE. Escúchame: he descubierto una cosa prodigiosa: ¡que hay una muger mejor que las demas!
BÁRBARO. ¡Bah! ¿de veras?..... ¿Y es por ventura Susana, la criada de esa doña Rosalía? Ya decia yo que.....
SILVESTRE. Es doña Rosalía misma.
BÁRBARO. ¡No es posible! (*Haciendo siempre calceta.*)
SILVESTRE. ¡Has de saber que ha establecido una escuela en el pueblo; que va á fundar un hospital!.... ¿Qué te parece?
BÁRBARO. ¡Aguarde usted á que coja este punto que se me ha soltado! (*Despues de una pausa.*) Me parece muy bien.... ¡pero yo apostaria que quien la aconseja es la criada!
SILVESTRE. Asi, creo que estamos en el caso de darle una esplicacion.
BÁRBARO. ¿A la Susana? Yo lo creo tambien.
SILVESTRE. No, á doña Rosalía.
BÁRBARO. Una, dos, tres, cuatro.....
SILVESTRE. ¿Qué dices?
BÁRBARO. Nada; estoy creciendo.....
SILVESTRE. ¡Tira esa calceta con mil demonios! (*Se la arranca y la tira.*) Óyeme con atencion.—¿No eres de dictámen que debemos enviar un recado..... de eso que llaman política.....
BÁRBARO. Y que nosotros no conocemos.
SILVESTRE. Diciendo á nuestra vecina..... ¿y qué la diremos?
BÁRBARO. ¡Toma! La decimos.... ¡pues no lo sé tampoco!
SILVESTRE. ¡Ah, ya caigo! Esta mañana manifestó deseo de visitar mi casa..... y aunque yo he jurado que no pondrá los pies en ella ninguna muger.....
BÁRBARO. ¿Y á quién se lo ha jurado usted?
SILVESTRE. A mí mismo..... interiormente.
BÁRBARO. Habria un medio de conciliarlo todo: para que no pusiese ella los pies, que la llevase algun hombre en brazos.
SILVESTRE. ¡Eres un tonto! Asi como asi..... en el mundo tiene uno que violentarse..... y en fin, en cuanto al juramento, le pediré al señor cura que me absuelva de él.
BÁRBARO. Es claro.
SILVESTRE. Lo que haremos los dos, es encerrarnos para no verla..... en el palomar.

BÁRBARO. Sin duda. (*Aparte.*) Y yo las miraré por el ojo de la llave: ¡soy tan aficionado á la historia natural!
SILVESTRE. ¿Con que apruebas mi proyecto?
BÁRBARO. ¿No lo he de aprobar? ¿Y llevaré yo el recado?
SILVESTRE. Tú mismo.
BÁRBARO. ¿Ahora?
SILVESTRE. Ahora.
BÁRBARO. (*Aparte.*) Con eso veré á Susana. (*Alto.*) Voy corriendo. (*Dá un aldabonazo en la reja del jardin de doña Rosalía.*)
SILVESTRE. ¿Vienen? (*Ocultándose.*)
BÁRBARO. Sí señor: ya está ahi. (*Aparte.*) ¡Es particular! Voy perdiendo el miedo á estos monstruos!

ESCENA XII.

Dichos, SUSANA *detrás de la reja.*

SUSANA. ¿Quién llama?
BÁRBARO. Soy yo.
SUSANA. ¿Usted? ¿Y qué se le ofrece? (*Con mucha aspereza.*)
BÁRBARO. Venia de parte del amo.....
SUSANA. ¿Y qué quiere el señor don Silvestre?
BÁRBARO. Es..... es un recado para su señora de usted.
SUSANA. ¿Un recado? Pues es inútil; la señora me ha mandado que no reciba ninguno de ustedes. Abur. (*Desaparece.*)
BÁRBARO. ¡Oiga usted..... oiga usted!.....

ESCENA XIII.

DON SILVESTRE, BÁRBARO.

SILVESTRE. (*Acercándose.*) ¿Qué te ha dicho?
BÁRBARO. ¡Ni esto!
SILVESTRE. ¿Cómo?
BÁRBARO. Se niega á pasar el recado, y me ha dado con la puerta en los hocicos.
SILVESTRE. ¡Es una impolítica!
BÁRBARO. ¡Es una grosería!
SILVESTRE. Cuando yo tenia la atencion de.....
BÁRBARO. Pues, cuando teníamos la atencion de.....
SILVESTRE. Por otra parte, maldito lo que me importa. Yo he

cumplido con un deber de conciencia, y..... nosotros no necesitamos de mugeres para nada.

BÁRBARO. Para nada. (*Pausa.*)

SILVESTRE. Dí, Bárbaro: ¿no juzgas que los tales.... entes, no son tan espantosos como nos decian?

BÁRBARO. Lo propio juzgo, señor; y bien pueden ser el mismo diablo, pero tienen unas caritas..... angelicales.

SILVESTRE. Hipocresía; por eso son mas temibles, y debemos huirlas.

BÁRBARO. Huyámoslas.

SILVESTRE. Sin embargo, lo que decian los aldeanos..... y cuando ella no podia oirlos..... Persisto en creer que esa doña Rosalía puede ser una escepcion..... un fenómeno.....

BÁRBARO. Y Susana otro. (*Se oyen dentro estrepitosas carcajadas.*) ¡Abundan mucho en el mundo los fenómenos por lo visto!

SILVESTRE. ¡Se rien! Acaso de nosotros.....—Es ahi, junto á la verja de su jardin..... *(Atisbando.)*

BÁRBARO. Mírela usted..... mírela usted.... Está sentada bordando.....

SILVESTRE. Y al lado un caballerete muy compuesto, muy almivarado.....

BÁRBARO. Y Susana un poco mas lejos haciendo un ramillete, y sonriéndose.....

SILVESTRE. ¡Con qué amabilidad habla á aquel trasto!.... ¡Y cómo se rien! ¡Jesus!! *(Santiguándose.)*

BÁRBARO. ¿Qué fué?

SILVESTRE. ¿No lo has visto? ¡Ella le ha dado la mano!

BÁRBARO. ¡Ave María Purísima! ¿Y sabe su merced que ese señor está mucho mejor vestido que nosotros? En primer lugar, no tiene crecidas las barbas.....

SILVESTRE. ¡Ciertamente!

BÁRBARO. Luega lleva un pantalon y un frac como los que á usted le trajeron el mes pasado de Zaragoza, y que no quiso ponerse porque le parecian demasiado ridículos, demasiado elegantes.

SILVESTRE. ¡Sí, sí!

BÁRBARO. *(Mirando siempre.)* ¡Y qué bonitos guantes de color de canario! ¡Qué botas tan relucientes! ¡Si parecen espejos! ¡Y cuántos colgajos en el chaleco!

SILVESTRE. Doña Rosalía se sonríe al hablarle..... y él sonríe tambien al contestarla. ¡Apostaria á que se dicen cositas dulces! ¡Habrá tonto!

Bárbaro. Mire usted..... ahora se levantan..... la vecina se coge del brazo del mequetrefe..... y los dos se alejan..... ¡Ay!

Silvestre. ¿Qué es eso?

Bárbaro. Susana que anda juguetcando con el jardinero.....

Silvestre. ¡Aaah! *(Atisbando siempre.)* Van á pintar..... allí hay un caballete con un cuadrito empezado..... es una vista del país. Doña Rosalía coge un pincel..... su acompañante toma la paleta y la caja de pinturas.....

Bárbaro. Mientras Susana toma las flores que le alarga el hortelano, apretándola la punta de los dedos.....

Silvestre. Ya pinta..... ¡y con qué ligereza, con qué habilidad! ¡Y el otro necio admira su obra!

Bárbaro. ¡Dios me perdone! ¿Pues no se ha dejado abrazar Susana?

Silvestre. Oye, Bárbaro. ¿Qué has hecho de mis pinceles?

Bárbaro. Allí estan.

Silvestre. Búscamelos luego.—¿Y dónde pusiste las navajas de afeitar?

Bárbaro. ¡Toma! en el *estruche*.

Silvestre. ¿Y el frac y los pantalones nuevos?

Bárbaro. En la cómoda muertos de risa. ¡Pero qué! ¿quiere usted?.....

Silvestre. Sí, quiero..... Ya que se ha negado esa muchacha á pasar mi recado..... iré yo mismo á dárselo.

Bárbaro. ¿Y va usted á afeitarse? ¿Y va usted á vestirse?

Silvestre. Es claro..... ¿cómo he de presentarme así, cuando el otro?..... ¡Lástima que no tengamos un peluquero!....

Bárbaro. ¡Oh! El planchador sabe manejar muy bien los hierros, y yo le diré.....

Silvestre. No, no te muevas de aquí..... y si sale doña Rosalía, avísame corriendo.

Bárbaro. Está muy bien.

Silvestre. Lo peor es que no tengo guantes amarillos.... como los de ese fatuo..... ni mis botas estarán tan relucientes..... Mañana irás á Zaragoza á traerme charol.....

Bárbaro. ¡Y yo me compraré una chaqueta nueva!.....

Silvestre. ¿Y la camisa de chorrera que estrenó mi padre el dia de su boda?

Bárbaro. Allá estará..... aunque un poco amarilla.....

Silvestre. No importa. Con que, avísame si sale la vecina.... Me pondré corbatin blanco..... *(Yéndose.)*

Bárbaro. Pierda su merced cuidado. *(Vase precipitadamente don Silvestre.)*

ESCENA XIV.

BÁRBARO, *luego* SUSANA.

BÁRBARO. No me pesa quedarme aqui de centinela. ¿Quién sabe si podré hablarla? Lo que necesito es un pretesto..... ¡Un pretesto! ¡Entre vecinos no deben faltar!..... La diré que se nos ha acabado el peregil, ó que me haga el favor de un poco de sal..... *(Reparando en la calceta que está en el suelo.)* ¡Ah! ¡mi pobre media que el amo tiró! Se han soltado los puntos..... se ha hecho una travilla..... ¡y yo que no sé cogerla! ¡Escelente idea! ¡Si me la quisiese componer Susana!.... Sí, sí; ¡esto es lo mejor! ¡Bendito calcetin, amen! (*Corre á la reja y llama repetidas veces.*) Ya viene..... ¡Yo no sé lo que me dá cuando la veo!

SUSANA. (*Detrás de la reja.*) ¿Quién llama? ¡Ah! ¡Es usted! ¿Otra vez?

BÁRBARO. Perdone usted, vecinita.... Es el caso..... que venia..... á..... á..... á..... pues, á pedirla á usted..... un favor.....

SUSANA. ¿Un favor? ¿Y cuál?

BÁRBARO. Es cosa muy sencilla..... y yo haré otra cualquiera en su obsequio.

SUSANA. Vamos, despache usted.—¿Qué se le ofrece?

BÁRBARO. Pero..... pero..... si quisiera usted abrirme la puerta, yo se lo esplicaria mejor.

SUSANA. No hay necesidad.

BÁRBARO. Como usted guste. (*Aparte.*) ¡Qué áspera es! ¡Y ella que parecia tan amable!

SUSANA. ¿Con que acabamos?

BÁRBARO. Es que si no sale usted aqui..... es imposible.....

SUSANA. ¿Imposible?

BÁRBARO. Sí señora; y ya que haga usted el favor, que sea por completo.

SUSANA. Es usted insoportable. (*Abre la verja y sale.*) ¡Vamos!

BÁRBARO. Es el caso, señora Susana..... (*Aparte.*) ¡Qué ojazos tiene! (*Alto.*) que como no tenemos muger en casa..... (*Aparte.*) ¡Y qué boquita! (*Alto.*) nos vemos precisados á desempeñar nosotros todas las labores. Asi, nosotros lavamos, planchamos, cosemos.....

SUSANA. ¿Usted cose?

BÁRBARO. No señora..... Yo solo hago calceta.

SUSANA. ¿Calceta? ¡Ah, ah, ah! (*Riéndose á carcajadas.*)
BÁRBARO. Pero todavía no estoy demasiado ducho; y antes se me han soltado unos puntos: ¿tendria usted la bondad de cogérmelos?
SUSANA. ¡Ah, ah, ah! ¡Es original! Con mucho gusto. Venga.
BÁRBARO. (*Aparte.*) Se va ablandando. (*Alto.*) ¡Mil gracias!
SUSANA. Ya ve usted cómo las mugeres somos necesarias; ya vé usted que no pueden pasarse sin nosotras.....
BÁRBARO. Sin embargo, nos hemos pasado.....
SUSANA. Haciendo una vida salvaje.
BÁRBARO. ¡Es verdad!
SUSANA. Cuando Dios creó á la muger para que sirviese de compañera al hombre; cuando la formó de una costilla de este.....
BÁRBARO. ¡Cáspita! ¡Y qué daño le haria al sacársela!
SUSANA. Todo eso prueba que quiso que viviesen juntos.....
(*Cogiendo los puntos de la calceta.*)
BÁRBARO. ¡Cierto!
SUSANA. Que se auxiliasen mutuamente; que se amasen.....
BÁRBARO. ¡Mutuamente!
SUSANA. Ustedes, por el contrario, nos aborrecen, nos detestan.....
BÁRBARO. ¡Yo no!
SUSANA. ¡No nos admiten en su casa!
BÁRBARO. ¡Yo sí!
SUSANA. Y por último, tienen que acudir á nosotras, reconociendo que somos necesarias.....
BÁRBARO. Indispensables.....
SUSANA. Que valemos algo.....
BÁRBARO. ¡Mucho!
SUSANA. En fin, que no somos demonios.....
BÁRBARO. ¡Sino ángeles!
SUSANA. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué trasformacion! ¿Con que de veras ha cambiado usted tan pronto? ¿Con que no se asusta usted ya de mí?
BÁRBARO. ¿Asustarme? ¡No, no!
(*Queriendo tomarla una mano.*)
SUSANA. (*Retirándose.*) ¿Con que ya se atreve usted á mirarme á la cara?
BÁRBARO. ¡Y á mucho mas!
SUSANA. ¿No le parezco tampoco horrible?
BÁRBARO. Al contrario: ¡me parece usted preciosa!
SUSANA. ¿Ni nos considera usted como una calamidad europea, como un azote del género humano?

Bárbaro. No, no; las considero á ustedes como su ventura, su delicia, su..... *(Queriendo tomarla la mano.)*

Susana. ¿Qué tal? ¡Cuando le decia á usted que vendria á pedirme de rodillas la mano!

ESCENA XV.

Dichos, don Silvestre.

(Don Silvestre se ha afeitado la barba, dejándose solamente bigote; sale ademas vestido con esmero, aunque con mal gusto, y bastante atado con su nuevo trage.)

Silvestre. (*Viendo á Bárbaro coger la mano á Susana.*) ¿Qué haces, infeliz?

Bárbaro. (*Aparte confuso.*) ¡Dios mio! ¡El amo!!

Silvestre. ¿Es ese el fruto que sacas de mis doctrinas.....: y de mi ejemplo?

Susana. (*Aparte.*) ¡Qué mudado está! ¡Si no le habia conocido!.... ¡Ahora parece otro!

Silvestre. Tú quieres perderte, Bárbaro, tú quieres perderte; y si no me tuvieras á tu lado..... Jóven, diga usted á su señora que deseo..... pues..... que deseo.....

Susana. (*Aparte.*) ¿Qué deseará?

Silvestre. No sé cómo se dice..... ¡Ah! ¡Sí! Que deseo plantarme á sus pies.

Susana. (*Atónita.*) ¿Usted?

Silvestre. ¡Yo!

Susana. ¿De veras?

Silvestre. (*Enfadado.*) ¿Qué tiene de particular?

Susana. Nada, nada.Voy corriendo. (*Aparte.*) ¡Qué sorprendida se vá á quedar! (*Váse.*)

ESCENA XVI.

don Silvestre, Bárbaro.

Silvestre. Tú, Bárbaro, vete adentro.

Bárbaro. ¡Pero qué buen mozo está usted, señor! ¡Mucho mejor mozo que aquel marica de antes!....

Silvestre. (*Con satisfaccion.*) ¿De veras?

Bárbaro. ¡Sin duda! ¡Parece que le han quitado á su merced diez años de encima!

SILVESTRE. Repito que te vayas adentro; no quiero que te contagies..... que te perviertas.....

BÁRBARO. ¿Y usted?

SILVESTRE. ¿Yo?.... ¡Es distinto!.... ¡Mi virtud es mas sólida!

BÁRBARO. Y con todo, se engalana usted; se emperegila para visitar á una señora..... ¡Quién lo habia de decir esta mañana!

SILVESTRE. ¡Bárbaro! (*Incomodado.*)

BÁRBARO Ya me voy..... ya me voy..... (*Aparte.*) ¡á ponerme yo tambien los trapitos de cristianar!.... No hay mas: esas dos mugeres han hecho en nosotros una verdadera rivolucion. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON SILVESTRE, *á poco* SUSANA.

SILVESTRE. Mucho tarda la doncella..... y no sé por qué, tengo asi..... una especie de miedo, de agitacion..... ¡La falta de costumbre!..... Luego, sentiria parecerle ridículo con estos atavíos..... No, no; por mas que diga Bárbaro, mi talle no tiene la gracia, la soltura del otro; me encuentro atado con esta corbata.... y no sé qué hacer de los brazos..... Si yo ensayase alguna postura..... elegante, como dicen esos tontos..... Si yo supiese hacer al menos una cortesía..... (*Susana sale ahora, y se sonríe maliciosamente al verle,*) asi..... ó asi.....

SUSANA. Caballero.....

SILVESTRE. ¡Ah!

SUSANA. Me es muy desagradable tener que decírselo; pero la señora.....

SILVESTRE. ¿Cómo?

SUSANA. (*Aparte*). ¡Qué caprichosas somos las mugeres! (*Alto*). La señora no puede recibirle á usted.

SILVESTRE. ¿Y por qué?

SUSANA. ¡Buena pregunta! Porque..... porque está indispuesta. (*Aparte*). ¡No le descubriré la verdad!

SILVESTRE. Indispuesta, ¿y la acabo de ver en su jardin, riéndose á carcajadas con..... con un majadero?

SUSANA. ¡Aah! ¿Con que la ha visto usted?

SILVESTRE. Por la verja.

SUSANA. En ese caso..... No puede recibirle á usted..... porque está ocupada.

SILVESTRE. Ocupada, ¿y recibe á otros?

SUSANA. ¡Otros sin duda, con los que tiene confianza; otros que son amables, galantes..... complacientes..... todo en fin, lo que no es usted!

SILVESTRE. ¿Y si quisiera pedirla perdon de mi anterior conducta..... de mi..... de mi?.....

SUSANA. ¿De su impolítica?

SILVESTRE. Pues, ¡de mi impolítica!.....

SUSANA. Seria inútil.

SILVESTRE. ¿Inútil?

SUSANA. Ya que usted se empeña, no debo ocultárselo: la señora me ha dado órden terminante de decirle á usted que no está en casa siempre que se presente á visitarla.—Yo lo siento infinito; pero no puedo menos de cumplir con mi obligacion. (*Le saluda y se entra en el jardin.*)

ESCENA XVIII.

DON SILVESTRE *solo.*

¡No quiere verme..... se niega á recibirme! ¡Vaya si es rencorosa! Cuando yo solo pensaba en disculparme, en hablarla, en..... ¿Y qué me importa? Veinticinco años he vivido sin tratarla; en adelante pasaré lo mismo..... Sin embargo, no sé por qué..... no puedo desterrar de mi mente aquel semblante tan dulce, aquella voz tan armoniosa, aquellas frases tan amables, que yo ¡necio de mí! desentendí y desprecié. Sí, sí; ¡es una escepcion de su sexo!..... ¡Bien puede uno aborrecer á las mugeres..... en general, y amar á una..... en particular!..... Si ya que no la hablase, lograse al menos verla..... (*Se dirige hácia la verja y atisba; al mismo tiempo se oyen en el jardin los preludios de un arpa, y luego una ligera melodía*). ¡Ahi se hallará! Sí, sí..... Esos sonidos..... ¡La música que le agrada tanto!..... ¡Desde mañana enviaré yo tambien á buscar un profesor á Zaragoza! ¡Es un arte tan bello! ¡Tenia razon! (*Conmovido*).—¡Cuán gratamente conmueve el alma!..... ¡Qué dulcemente la agita!—¡Si yo pudiera verla!..... ¡Qué hermosa debe estar ahora!..... No, no se la distingue..... ¡Sin duda estos árboles lo estorban! Pero trepando por los hierros..... ¡Es imposible! ¡Ah! ¡Aquella escalera!..... (*Corre á su jardin, toma una escalera y viene á apoyarla en la verja del de doña Rosalía: al mismo tiempo cesa la música*). ¡Ha enmudecido el arpa!..... (*Trepa ligeramente por la escalera*). Y con todo,

no aparece..... ¡Está desierto el jardin! Solo se ven su caballete, su bastidor, sus pinceles..... ¡Qué aroma tan suave, tan puro despiden esas flores! ¡Sin duda es que ella misma las ha acariciado, las ha besado! (*Doña Rosalía que ha visto desde adentro á don Silvestre, sale ahora de su jardin sonriéndose, y se acerca á aquel.*)

ESCENA XIX.

DOÑA ROSALÍA, DON SILVESTRE.

ROSALÍA. Caballero, ¿qué hace usted ahi?

SILVESTRE. ¡Ah!..... (*Despues de bajar ligeramente*). Perdone usted, señora..... es que..... es que estaba buscando..... en ese árbol..... un nido de gorriones.

ROSALÍA. ¡Semejante ocupacion es muy digna de usted!

SILVESTRE. ¡Y luego..... admiraba tambien..... los árboles, las plantas..... tiene usted magníficos naranjos, señora!..... ¡Y como usted no me ha permitido verlos de cerca, los contemplaba de lejos!

ROSALÍA. (*Siempre en tono frio y seco*). Le he imitado á usted, señor mio.

SILVESTRE. Acaso usted no habia hecho juramento de.....

ROSALÍA. Acabo de hacerlo de no recibirle á usted en mi casa nunca. (*Aqui Bárbaro, grotescamente vestido, atraviesa el teatro de puntillas, se dirige al jardin de doña Rosalía, y entra en él furtivamente.*)

BÁRBARO. (*Aparte desde la verja.*) ¡No me han visto! (*Desaparece.*)

SILVESTRE. Sí..... pero mi juramento era para todo el mundo, y el de usted solo para mí.....

ROSALÍA. Justamente; y asi debia ser.—Con que, yo le dejo á usted que vuelva á su grave ocupacion..... á buscar sus gorriones..... y me retiro.....

SILVESTRE. ¡Oh! ¡No se marche usted por Dios! ¡Tengo tantas cosas que decirle!

ROSALÍA. ¿A mí?.....

SILVESTRE. Sí..... un secreto.... un secreto importantísimo....

ROSALÍA. ¿De veras? ¿Y cuál es?..... (*Con acritud.*)

SILVESTRE. Es..... es..... (*Aparte con timidez*). ¡No me atreveré nunca! (*Alto.*) Es..... es que..... (*Va á hablar, se detiene, y dice con gravedad cómica.*) ¡Hace hoy mucho calor, señora!

ROSALÍA. ¡Ah, ah, ah, ah! ¿Y ese es todo el secreto? ¡Pues si eso es público! ¡Ah, ah, ah! (*Riéndose á carcajadas.*)

SILVESTRE. (*Aparte.*) ¡Se burla de mí! (*Alto.*) No, no era eso, sino que me turbo, me embrollo, y..... como no tengo costumbre de hablar con damas..... Luego, si usted quisiese ayudarme un poco, un poquito no mas.....

ROSALÍA. ¿Yo?

SILVESTRE. Sí; si no me tratara usted con ese tono frio, seco, acre.....

ROSALÍA. No tiene usted derecho para quejarse, cuando esta mañana.....

SILVESTRE. Esta mañana fuí un tonto, un necio, un imbécil, un alcornoque; mas esta tarde.....

ROSALÍA. ¡Es tarde!.....

SILVESTRE. Nunca lo es para enmendar un yerro; y si usted no me asustase.....

ROSALÍA. ¿De veras le asusto á usted?

SILVESTRE. Entonces..... yo hablaria..... y la diria á usted...

ROSALÍA. ¿El qué?

SILVESTRE. ¡Diantre! ¡Mis secretos!

ROSALÍA. Si son por el estilo del de antes.....

SILVESTRE. ¡No, todo lo contrario! ¡Pero no se burle, no se ria usted de mí!

ROSALÍA. ¡Vamos, le escucho á usted con la mayor gravedad!

SILVESTRE. (*Despues de una pausa*) Señora..... yo soy un majadero.....

ROSALÍA. Ya lo sabia..... porque me lo dijo usted poco ha.

SILVESTRE. Mas compréndalo usted: el que nace ciego no puede tener idea de lo que es el sol, de lo que es la luz, de lo que es el mar: asi, el que ha vivido en un oscuro albergue, no podia saber tampoco lo que es una muger.

ROSALÍA. (*Aparte.*) ¡Y no se esplica mal!

SILVESTRE. Por otra parte, usted que tiene la hermosura de las demas, sin tener sus defectos; usted, que es una verdadera escepcion.....

ROSALÍA. ¿Yo una escepcion? ¡No tal; soy como todas!

SILVESTRE. (*Con entusiasmo.*) ¿De veras? Entonces.....

ROSALÍA. Es decir..... como algunas. (*Aparte.*) ¡Capaz era de enamorarse de todas ahora!

SILVESTRE. No, no; aunque usted me lo diga, aunque usted me lo jure, no creeré que hay otra que se le parezca. ¡Usted es tan buena, tan caritativa, tan generosa! Usted divide

sus riquezas con los pobres..... usted remedia sus infortunios, sus miserias.....

ROSALÍA. (*Conmovida.*) ¿Quién le ha dicho á usted?.....

SILVESTRE. ¡Todo el mundo, señora; todo el mundo que repite como yo que es usted un ángel!

ROSALÍA. ¡No hago mas que cumplir con mi deber, amigo mio!

SILVESTRE. Me llama usted su amigo..... y deja el tono áspero que usaba antes..... ¿Luego me ha perdonado usted?

ROSALÍA. ¿Perdonarle á usted? ¿Y el qué?.....

SILVESTRE. Mi simpleza, mi grosería, mi..... pero siga usted hablando. ¡Si supiese usted la delicia que me causa oir su dulce voz!

ROSALÍA. Va usted haciendo progresos..... rápidos.

SILVESTRE. Y si usted se dignase corregirme..... si usted se tomase el trabajo de pulirme..... de civilizarme.....

ROSALÍA. ¿Con que ya no me tiene usted miedo?

SILVESTRE. ¿Miedo?

ROSALÍA. ¿Con que ya no le parezco á usted un monstruo?— ¿Con que ya no nos aborrece usted?

SILVESTRE. ¿Aborrecerlas? ¿Yo?..... Al contrario, las idolatro á ustedes.

ROSALÍA. ¿A todas?..... (*Con coquetería.*)

SILVESTRE. ¡No, no; á usted solamente, que ha venido á abrirme los ojos, á despertarme de mi embrutecimiento, á ilustrar mi inteligencia, á avergonzarme, en fin, de mis errores!

ROSALÍA. ¿Me ama usted dice?.....

SILVESTRE. Y si no temiera ofenderla, si no fuese yo tan indigno, tan inferior á usted, la rogaria de rodillas..... (*Cayendo á sus pies y besándola la mano.*) ¡que me hiciese feliz!

(*Aquí, Susana y Bárbaro que han aparecido antes detrás de la verja, salen á la escena; Bárbaro se arrodilla á los pies de aquella, imitando á su amo.*)

ESCENA XX.

Dichos, SUSANA, BÁRBARO.

BÁRBARO. ¡Sí, Susana..... te rogaria que me hicieses feliz!.... (*Besándola la mano.*)

SILVESTRE. (*Sin levantarse.*) ¿Qué haces, Bárbaro?

BÁRBARO. Nada, señor; imitarle á usted.

SILVESTRE. ¿Con que tambien tú?.....

BÁRBARO. ¡Tambien me he reconciliado con el bello sexo.... para imitarle á usted!

SILVESTRE. ¿Y piensas?.....

BÁRBARO. Pienso en casarme..... ¡para imitarle á usted!

SILVESTRE. (*Con emocion á Rosalía.*) ¡Yo no lo he dicho!..... Rosalía..... ¡ha sido él! (*Levantándose.*)

SUSANA. Y nosotras aceptamos esa doble candidatura..... matrimonial.

SILVESTRE. ¿Será cierto?

ROSALÍA. Yo no lo he dicho..... ¡ha sido ella!

SILVESTRE. ¡Ah!

(*Estrechando la mano que doña Rosalía le tiende, entre las suyas.*)

SUSANA. (*Aparte á doña Rosalía.*) ¡Esto es un milagro, un verdadero triunfo, señora!

BÁRBARO. (*Aparte á don Silvestre.*) ¿Serán hechiceras, cuando nos han hechizado?

ROSALÍA. No; es únicamente, como dijo un gran poeta, que *¡fieras domestica amor!*

¡Yo, pobre y débil muger,
que conquistar he logrado
á un hombre..... no conquistado,
con mi femenil poder,
no debo quizás temer
que otros quieran castigar,
ó se niegen á premiar
esta empresa meritoria.....
quien no aplauda mi victoria,
será *un ente singular!*

FIN.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Adra.	Francisco Barranco Medina
Albacete.	Nicolás Herrero Pedron.
Alcoy.	Antonio Paya y Minaya.
Alicante.	Juan José Carratalá.
Algeciras.	Rafael Muro.
Almería.	Mariano Alvarez.
Andujar.	José Puentes Roldan.
Aranjuez.	Juan José Lopez.
Avila	Francisco Galloso.
Avilés.	Ignacio García.
Badajoz.	Benito Lagarza.
Baeza.	Viedma y compañía.
Barbastro.	Felipe Lafita.
Barcelona.	Tomás Gaspar.
Benavente.	Pedro Hidalgo Blanco.
Bilbao.	Delmas é hijos.
Burgos.	Timoteo Arnaiz.
Cáceres.	José Sanchez.
Cádiz.	Santos Sanchez de la Concha.
Calatayud.	Bernardino Azpeitia.
Cartagena.	Benito Moreno.
Castellon.	José Royo.
Ceuta.	Francisco Cortés.
Ciudad-Real.	Antonio Mejia.
Ciudad-Rodrigo. . .	Salomé Perez.
Córdoba.	Rafael María Pavon.
Coruña.	José María Perez.
Cuenca.	Angel Teodoro Sandino.
Écija.	Juan Benitez.
Gerona.	José Miralles y Roger.
Granada.	Tomás Astudillo.
Guadalajara.	Juan March.
Guardamar.	N. García Muñoz.
Huelva.	Ramon Rodriguez.
Huesca.	Bartolomé Martinez.
Habana.	Bartolomé Bisquet.
Igualada.	Joaquin Abadal.
Jaen.	Ildefonso Gomez.
Játiva.	José Rafael Santander.
Jerez de la Frontera.	José Bueno.
Lugo.	Manuel Pujol y Navia.
Leon.	Viudo é hijos ñon.
Lérida.	José Sol.
Logroño.	Domingo Ruiz.
Lorca.	Cristóbal Marq
Málaga.	Luis del Rey.
Mondoñedo.	Francisco Delg
Menorca.	José Mas.
Moron de la Frontera.	Juan Nepomuc cacena.
Murcia.	Dionisio Gisbe
Orense.	Manuel Gomez
Oviedo.	Nicolás Long Acero.
Palencia.	Feliciano Orte
Palma.	Señores Rullar nandez.
Pamplona.	Teodoro Ocho
Pontevedra.	Juan Cubeiro.
Puerto de Santa María.	José Valderra
Rivadeo.	Marcos Fernan pez.
Ronda.	Juan José Mos
Salamanca.	Telesforo Oliv
Sanlúcar de Barrameda.	José María Es
Santander.	José Lope de
Santiago.	Sres. Sanchez
San Sebastian. . . .	Pio Baroja.
Segovia.	Valentin Sebas
Sevilla.	Juan Antonio
Soria.	Miguel Uzuria
Talavera.	N. Tando.
Teruel.	Leandro Fuent
Tarragona.	Jaime Ferrer.
Toledo.	José Hernande
Toro.	Tomás Rodrigu
Tudela.	Rafael Abadia
Valencia.	Francisco Ma Garin.
Valladolid.	Gerónimo Marc llego.
Vitoria.	Bernardino Ro
Zamora.	Manuel Conde
Zaragoza.	Pablo Ibañez.

SE VENDE EN MADRID

En las librerías de Castillo, calle de Carretas; Cu calle Mayor.